

Porque por todas partes revolviendo
La temerosa vista encarnizada,
Y viendo la salida embarazada,
De muro y gente, de armas y de estruendo,
Su fué su paso á paso retrayendo
Hacia donde la cuesta era peinada,
Y tiene de alto en buena perspectiva
De veinte y dos estados para arriba.

De donde con las alas de su rabia
Se arroja en vuelo y furia arrebatado,
Bien como al mar tranquilo y sosegado
Se suele el buzo echar desde la gavia;
Mas luego le parece que se agravia,
Y se arrepiente ya de haber saltado,
Sintiendo que de nuevo le llegaban
Mil tiros que siguiéndole bajaban.

Rabioso desto embiste con la cuesta,
Do tiente la subida inaccesible,
Probándola con ver que es imposible
De la primera vez hasta la sexta;
Y viendo que no puede ser por esta,
Busca por otra parte si es posible,
Escudriñando en torno el paso y via,
Que solo para pájaros le habia.

Pues como de luchar con el barranco
Halló que no sacaba mas provecho
Que derramando sangre estarse hecho
A los que le tiraban cierto blanco;
Determinó dejar el puesto franco,
De donde á la marina fué derecho,
Queriendo emplear en ella su coraje
A costa del robusto marinaje.

Mas viendo que tambien de allí su gente
Desbaratada y rota se volvía,
Siguiendo á la demás que ya subía
Por el recuesto arriba torpemente,
Echó por otra parte el impaciente,
No se dignando de ir en compañía
De los que huyendo van sin ir tras ellos,
Por no participar la infamia dellos.

Y así, bañado en sangre y mal herido,
Colérico, espumoso, bravo y fiero,
Bramando mas que el toro al bramadero,
Y mas desesperado que el vencido,
Se entró por un bosquecillo entretejido,
Sin que siguiese rastro ni sendero,
Que por aquella parte no le habia
Mas del que desangrándose él hacia.

Llegado á la mitad de la espesura,
Por no poder tenerse ya en su estado
Cayó con todo el cuerpo ensangrentado
Al pié de un roble duro en tierra dura,
Do ni vivir curándose procura,
Ni el verse cual se ve le da cuidado;
Mas puesto allí de rostro muerde el suelo,
Pidiéndose razon de Tucapel.

En tanto la feminea compañía,
Que estaba atrás dos leguas aguardando
El buen ó mal suceso de su bando,
Costumbre que la guardan hoy en día,
Sintiendo que el ejército volvía,
Ya por saberlo todo reventando,
Salen á recibillos al camino
Con sus pintados cántaros de vino.

Tras ellas va la bárbara hermosa,
De Tucapel amada tiernamente,
Llevándole refresco suficiente,
Aunque sobresaltada y pavorosa;
Sabida las demás la nueva odiosa
Y estrago lamentable de su gente,
Entregan á las uñas los cabellos,
Trayéndose con ellas parte dellos.

Quién llora su marido, quién su hermano,
Quién á su amado hijo, quién su amante,
Y quién al padre caro vigilante,
Que así la deja huérfana temprano;
Cuál tuerce de dolor la blanca mano,
Y cuál con ella hiere el bel semblante,
Cuál humedece á lágrimas el suelo,
Cuál rasga con suspiros aire y cielo.

Gualeva, mas que todas desalada,
Caido el corazon, la faz difunta,
Por Tucapel matándose pregunta,
Mas no hay quien sepa del decille nada;
Y viendo que de todos es mirada,
Mil daños y desastres mil barrunta,
Que donde el amoroso fuego quema
No hay género de mal que no se tema.

A gritos llama y nadie le responde,
Que todos callan mustios y serenos,
Mirándola con ojos de agua llenos
Buscar su amado sin saber por dónde;
Y como no es persona que se esconde,
A la primera vista lo echa menos,
Mas loca, no creyéndolo, á mas priesa
Vuelve, revuelve, cruza y atraviesa.

Cual descuidada cierva que herida
Del insidioso y cauto ballestero,
Ya sigue aquel, ya deja este sendero,
Vagando por la senda entretejida;
O cual oveja triste y desvalida
Que sola va buscando su cordero,
Tal va moviendo á lástima Gualeva
Por donde el poderoso amor le lleva.

Ya muestra envuelto en púrpura el semblante,
Ya en blanco, ya en mortal y oscuro velo,
Ya lijo en tierra, ya elevado al cielo,
Ya para Ocaso, ya para Levante,
Ya vuelta contra cuantos ve delante,
Les dice: « ¿Dónde está mi Tucapelo?
Decidme lo que el cielo del dispensa,
No me tengais atónita y suspensa.

» Desengañadme ya si es muerto ó vivo,
Si viene, si se queda ó qué se ha hecho,
Pues no hay en dilatallo mas provecho
Que dilatar la pena que recibo. »
No dice mas, que ya el dolor esquivo,
Queriendo proseguir le cierra el pecho,
Y si prosigo yo, cerrado el mio,
Dirán que canto mal y que porfio.

CANTO VII.

Donde Gualeva, no hallando á su marido, ni quien le dé nuevas
del, se determina de ir en su busca. Quitada para esto las armas
á un indio, partiéndose con ellas la vuelta del muro. Cuéntase
lo que le pasó con Leucoton y Rengo, habiéndolos encontrado
en su camino, y la extraña fuerza de sus amorosos sentimientos,
afectos y quejas, hasta que halló á Tucapel en medio del
bosque.

Adonde luce mas amor tirano
Con el poder intenso de su llama,
Es el cerrado pecho de la dama,
Si ya una vez en él metió la mano;
El áspero camino le hace llano,
Sin que repare en bienes, vida ó fama,
Que todo con su furia lo atropella
Hasta que en el barranco da con ella.

Tan bravo es el rigor con que procede,
Si se apodera del su mano cruda,
Que allí pretende el pérfido sin dnda
Hacer ostentacion de lo que puede;
Pues lo que mas á toda fuerza excede
Es que en la cosa della tan desnuda,
Y tanto que es lo sumo de flaqueza,
Se muestre el chapitel de fortaleza.

Que el fuego en duro hierro introducido
Tan eficaz parezca y tan perfeto,
No es mucho habiendo fuerza en el sugeto
Para que le defienda su partido;
Pero si en pajas débiles prendido
Hiciera con la llama tanto efeto,
Que al mismo hierro duro deshiciera,
Actividad sin término arguyera.

Así no gana el crudo amor alevé
Tan extendido crédito y renombre,
Mostrando su potencia con el hombre,
Pues hay capaz materia en que la cebe;
Pero que en la mujer que es paja leve,
Pueda causar efectos con que asombre,
Eso es con instrumento que es de nada
Hacer lo que Sanson con la quijada.

Aunque si vale en esto el voto mio,
La causa por qué mas amor las hiere,
Es porque cuando entrar su pecho quiere
Le impelen con mayor esfuerzo y brio;
Que entonces irritándole el desvio,
Por acabar de entrallas rabia y muere,
Seguro que despues estando dentro
Le pagarán la fuerza del encuentro.

Mas naza de otra cosa ó venga desto,
Que en juego al fin que tanto se platica,
Cuando la hembra tímida se pica,
Con pecho varonil arroja el resto;
Gualeva ha dicho ya lo que hay en esto,
Aunque mejor despues lo testifica,
Volviendo á proseguir el triste llanto,
Con que los dos pusimos fin al canto.

Cortóse en la mitad de sus preguntas,
Pegando al paladar la lengua helada,
Y luego dió en las yerbas desmayada,
Haciéndoles doblar sus verdes puntas;
No con las delicadas manos juntas,
Mas una de otra aversa y apartada,
Aunque los pies mas albos que la nieve,
Unidos por igual en trecho breve.

Jamás gozó Meandro en su ribera
De cisne que al hervoso alegre seno
Mezclando el blanco propio al verde ajeno,
Tal gracia, tal adorno y lustre diera,
Cual por servirle allí de cabeceera
Lo está gozando agora el prado ameno,
En la nevada faz descolorida
De la traspuesta bárbara tendida.

¿Qué lilio, qué azucena ó blanca rosa,
A quien rompiendo el campo de pasada,
La reja descortés dejó cortada,
Cayó sobre la yerba mas hermosa?
¿Ni cual adormidera granujosa
Inclina su cabeza coronada
Cual reclinó Gualeva el rostro bello
Sobre el mármoleo laso y débil cuello?

Hizo quedar atónita la gente,
Mirando cómo borda sus mejillas
Y parte de las varias florecillas
Con mal cuajadas perlas del Oriente,
Que el removido mar de su accidente,
Mejor que las antárticas orillas
En los conchosos párpados engendra,
Y amor allí las purifica y cendra.

Dueñas, casadas, vírgenes hermosas
Se derribaron luego á socorrella,
En su dolor participan con ella
Aun las de su beldad mas envidiosas;
Cuáles al agua corren presurosas,
Y cuáles por la faz le esparcen della,
Llamando, no Gualeva, sino Guale,
Que en la chilena frásis tanto vale.

Aquella le compone el atavio
Si acaso con el aire se desmanda,
Y esta con amorosa mano blanda
Le limpia de la frente el sudor frio;
Los hombres como genero baldio,
En este menester se están en banda,
Dejando á la mujer que lo profesa,
Y en esto vale mas de lo que pesa.

Hicieronse pues remedios tales,
Que con la multitud y fuerza dellos
A poco rato abrió sus ojos bellos,
Sus ojos dos lumbreras celestiales;
Mas luego con suspiros desiguales
Hizo que padecieran los cabellos
La fuerza tan villana de sus quejas,
Dejando enmarañadas sus madejas.

En cuyas hebras céfiro entregado,
Saca del daño ajeno su provecho,
Quedando en el despojo dellas hecho
Soberbio, candaloso y prosperado;
Y si con los suspiros fue rasgado,
Le deja dese agravio satisfecho
Un solo pelo destes, que aunque oscuro,
Deslustra y escurece al oro puro.

Tampoco al gesto lánguido perdona,
Que ya con puño, palma, ya con uña
Lo hiere, lo sacude, lo rasgana,
Lo ofende, lo maltrata, lo abandona;
Y el planto que en funesto punto entona,
En duro pedernal se imprime y cuña,
Haciendo que las turbas admiradas
La miren ambas cejas enarcadas.

Mas poco estuvo queda en este asiento,
¿Cómo lo puede estar un triste amante?
Que súbito se puso en pié delante
De todo aquel confuso ayuntamiento;
Por donde con furioso movimiento
Y varonil denuedo en el semblante,
Arremetió á las armas de un soldado,
Quitándole la aljaba y un terciado.

La cual echada al hombro menos fuerte,
Del ancho alfanje ornó la estrecha cinta,
Y luego por la gente mal distinta
Se lanza dando voces á la muerte;
Porque desesperada de su suerte,
Segun la mala nueva se la pinta,
Quisiera con la vida barajalla,
Pues no le dan lugar para trocalla.

Y así por todas partes impaciente
Se arroja, vista y cuerpo revolviendo,
Colérica tal vez redarguyendo
A todo el escuadron que está presente;
Tal vez con mansa voz y humilde frente
Al mas plebeyo y minimo pidiendo
Que al mar de sus fatigas dé algun vado,
Diciéndole si sabe de su amado.

Mas viendo cómo todos á una mano
No aciertan á decille qué se ha hecho,
Procura por Talguen, amigo estrecho,
Que Tucapel amaba mas que hermano;
Porque él mitigará de llano en llano
Con la verdad las ansias de su pecho;
Pero ni por aquella ni esta banda
Lo puede ver ni yo decir cuál anda.

Amata con el tósigo importuno
No andaba por Italia tan furiosa,
Ni dido en su Cartago mas ansiosa
Haciendo grandes victimas á Juno,
Ni en fiestas bacanales hubo alguno
O alguna tan solícita y fogosa,
Cuanto la triste bárbara lo andaba,
Sonándole las flechas en la aljaba.

Sus trenzas ondeando al aire sueltas,
Saltando el corazon desalentado,
El rostro envuelto en un sudor helado,
Las manos por el aire desenvueltas;
Desta manera anduvo dando vueltas,
Hasta que visto ya ser excusado,
Se puso con sus armas en la via,
Para la cual tomádoles habia.

Por do llevada ya tras su destino,
Con frenesi, furor y desatiento,
Se parte renunciando aquel asiento,
Tan recia como el recio torbellino;
No hay quien allí le impida su camino,
Ni tenga de seguilla atrevimiento,
Ni aun ose preguntarle qué procura:
Tanto como esto puede la hermosura!

Poco despues tambien partió Quidora
En busca de Talguen, su dulce amante,
Mas della trataremos adelante,
Pues no me da Gualeva tiempo agora;
La cual con tierna planta voladora
Ya va de las escuadras bien distante,
Enderezando al muro vitorioso,
Adonde está librado su reposo.

Corrido queda el viento por la espalda
De ver que su presteza no la coja,
Mas aunque procurándolo se arroja,
Apenas la echa mano de la faldá;
Y como no es la túnica de gualda
Morada, verde, cándida ni roja,
Mas negra, que es el hábito ordinario,
Sale mejor con ella su contrario.

Las fimbrias recogidas sin alforza,
Que cubren cuando mucho la rodilla,
Descubren tal garganta y pantorrilla
Cual puede ser la masa de la alcorza:
Alguna vez las velas van á orza,
Y asoma por entre una y otra orilla
Un, no lo sé decir, que al sol deslumbra
Y en las tinieblas lóbregas alumbra.

Mas tiempo sobre el aire van sus plantas
Que sobre las que toca por el suelo;
Tú, Febo, que la ves desde tu cielo,
Apriesa los caballos adelantas
Y con el duro azote los quebrantas
Por mas apresurallas en su vuelo,
Todo por alcanzalla y por habella.
Antes que algun laurel se forme della.

Mas piérdete, perdiéndola de vista,
Pues en el mar contigo diste luego,
Quizá por mitigar con agua el fuego
Que en ti prendió el amor como en arista;
Y así la negra noche vino lista,
Dejando al hemisferio triste y ciego,
Y triste y ciego al campo en ver la dama,
Que va mas triste y ciega por quien ama.

No bien se cobijó la madre tierra
Su capa y la comun de pecadores,
Cuando un tropel de angustias y dolores
De nuevo con el débil pecho cierra;
Al cielo comunica el mal que encierra
A fuerza de suspiros y clamores,
Que, revocando en montes y quebradas,
Las dejan, aunque duras, quebrantadas.

«Al tiempo, dice, ¡ay triste! que en el mundo
Los elementos, plantas, animales
Y los negociadores racionales
Reposan en silencio el mas profundo,
Yo sola con mis duras voces hundo
Los mudos campos, breñas y jarales,
Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en su nido.»

«Yo sola me deshago en mi lamento,
Y nadie puede en él acompañarme,
Que amor quitó, por mas atormentarme,
De todos, para dármele, el tormento:
Mas ¡ay! ¿á quién mis ansias represento,
O qué provecho saco de quejarme,
No habiendo quien responda á mis congojas
Sino el ciprés funesto con sus hojas?»

«Si tú me respondieses, Tucapelo,
¡Oh regalada voz al gusto mio!
Callara el monte, el prado, el valle, el rio,
Y enmudeciera el mar, el aire, el cielo;
¿Donde estarás, crisol de mi consuelo?
Dime si estás de espíritu vacío,
Para que lamentando no me canse,
Mas de una vez, signiéndote, descanse.»

Mas adelante fuera con sus quejas
A no cortalle el hilo de repente
Un súbito rumor como de gente,
Que el órgano tocó de sus orejas;
Al cual poniendo en arco entrambas cejas,
Escucha sin moverse atentamente
Lo que será, juzgando que ya tarda,
Costumbre natural de quien aguarda.

Apenas la ramilla se menea,
O mueve el manso viento alguna hoja,
Cuando su Tucapelo se le antoja,
En fe de ser la cosa que desea;
Mas porque de ligero no se crea
La que de tan pesado se congoja,
Son Rengo y Leucoton, los dos guerreros,
Al retirar del muro los postreros.

Ya la de nombres tres y tres lugares
Sus argentadas trenzas descogía,
Y á consolar la bárbara salía,
Si cabe algun consuelo en sus pesares;
Cuando los dos varones militares,
Que acaso habian tomado aquella via,
Su faz inopinadamente vieron,
Y el paso atrás en viéndola volvieron.

Como el que estando en un lugar oscuro
Si va á salir de súbito á lo claro,
No yendo con las manos al reparo,
Lo vuelve deslumbrado el rayo puro;
Así los dos que vienen de hácia el muro,
Viendo en Guleva aquel semblante raro
Y el rayo que de luz sus ojos tiran,
Se ciegan, se deslumbran, se retiran.

No cuando apareció la Cipria diosa
Al Teucro y á su Acates en el prado,
Con rica aljaba y boregni argentado,
En hábito de ninfa memorosa,
Fué vista por entrambos mas hermosa,
Con ir á parecerlo de pensado,
Que la llorosa Gualte descendida
De Leucoton y Rengo en su jornada.

Ella rompió el silencio la primera
Habiendo, mal su grado, conocido
Que de los dos ninguno es su marido,
Pues otro garbo y término trujera;
Y díjoles con ansia lastimera:
«Varones, si algun tiempo habeis querido,
Decidme: ¿en qué lugar de todo el suelo
Sabeis que viva ó muera Tucapelo?»

Los indios, aunque en vista y en lenguaje
Quisieron conocer la dama bella,
Tuvieron por extraña cosa en ella
El hábito y el verla en tal paraje;
Por donde embarazados con el trage,
Apenas eran parte á respondella,
Hasta que conociéndola del todo,
Le dieron la respuesta deste modo:

«Perdónanos, bellissima Guleva,
Lo que hemos suspendido el responderte,
Pues lo ha causado hallarte desta suerte,
Para la grande tuya cosa nueva;
Si amor de Tucapel así te lleva,
El es tan venturoso como fuerte,
Y digno de que el mundo por tus ojos
Se ufane con ponérsele de hinojos.»

«Para que se le rindan los humanos,
Responde, á Tucapel bastan sus brios,
Que no son menester los ojos míos
Adonde está la fuerza de sus manos;
Mas ¿para qué son esos dichos vanos,
Y dignos de llamarse desvarios,
Pues que me respondeis tan diferente
De la pregunta y ocasion presente?»

«Dejáos agora deso nunca justo,
Y menos mucho en tales ocasiones,
Porque es enderezar vuestras razones,
Dejando mi dolor al propio gusto,
De donde se me sigue mas disgusto,
Por conocer dañadas intenciones.
No respondais ¡oh faltos de cerebros!
A un corazón quebrado con requiebros.»

«Será razon que mi ánimo se fie
De la que en vuestro noble pecho mora,
Y que esta sin razon me obligue agora
A que de vos huyendo me desvie?
Mirad que no es aceto el que se rie,
Antes odioso, en casa del que llora,
Por ser tan natural cun ordinario
Ser todo aborrecible á su contrario.»

«Su tiempo tiene todo señalado,
Y pues que de llorar agora es tiempo,
Quererlo así gastar en pasatiempo,
¿No echais de ver que es tiempo mal gastado?
Por Tucapel há tiempo he preguntado;
Si del sabeis decir, decid con tiempo,
Primero que sin tiempo el ansia fuerte,
Llegue mi vida al tiempo de la muerte.»

Dorando como pudo el grave yerro,
Le dijo Leucoton: «Tu caro amigo
Saltó, rompiendo al áspero enemigo
El muro levantado sobre el cerro;
Donde con ver en torno tanto hierro
Con que iban ya cerrándole el postigo
Por do le fuera fácil retirarse,
No quiso el contumaz sino quedarse.»

«¿Quedóse, dilo, acaba, muerto ó vivo?»
Guleva replicó desalentada;
Mas Rengo dice: «Vivo en la estacada,
Y haciendo en ella mas que el Dios altivo;
Al menos cuando yo con ceño esquivó
El último seguí la retirada,
Vivo quedaba dentro peleando,
Ajena y propia sangre derramando.»

«No tienes que dudar si te engañamos,
Porque esta es la verdad al descubierto,
Que cuando le dejamos no era muerto
Si no lo fué después que le dejamos;
Mas de su brazo indómito esperamos
Que habrá salido libre á campo abierto:
Enfrena pues tus lágrimas inciertas
Y hasta certificarte no las viertas.»

«¿Que lo dejáis decís? ¿Y con qué cara?
¡Ay, cómo en confesallo bien se muestra
Que no entendeis saliros á la vuestra
Haber dejado así la sangre cara!
A fe que Tucapel nunca os dejara
Hasta dejar el alma con la diestra;
Pero dejáis al mundo satisfecho
De lo que va del suyo á vuestro pecho.»

«No sé por cierto á qué me lo atribuya,
Sino es á la desgracia propia mia,
Que á trueque de no hacelle compañía,
Tal vida permitáis que se destruya;
Y pues faltando á Tucapel la suya,
La vuestra y la de todos faltaria,
El propio bien ó público siguiera
Para favorecerle, ¿no os moviera?»

«Mas ¡ay! no me acordaba con la pena
De cómo estáis con él enemistados,
Y en esas propias vuestras no fiado,
Os quisistes vengar por mano ajena;
Perdistes ocasion por cierto buena,
En que de nobles fuéades loados,
Pues que de serlo no hay mejor testigo
Que dar la mano en tiempo al enemigo.»

«¿Cuán bien contado, Rengo, que te fuera
Si se la hubieras dado al dueno mio,
Para que el aplazado desafío,
Hallándose con vida te cumpliera!
Pero temiendo tú que te venciera,
Pues fuera no temello desvario,
Tu vida rescataste con su muerte,
Mostrándote varón de baja suerte.»

«Y si con esto aun quedas mal vengado,
Yo salgo (y empuñose) á la demanda;
Sal pues, infame, y échese á la banda
Ya de una vez el tuyo y mi cuidado;
No te me pienses dar por escusado,
Diciendo soy mujer de mano blanda,
Que la razon que tengo me asegure
De que ha de parecerse mano dura.»

«Pues no será mi padre Pangareato,
Ni el magno Talcamavida mi abuelo,
Ni yo seré mujer de Tucapelo,
Ni Tucapel será por quien combato,
Si en este juego pienso dar barato
Menos que de tu sangre al verde suelo,
Haciendo al que seguro en mí se anida
Un bajo sacrificio de tu vida.»

Maravillado Rengo le responde:
«¡Oh pecho varonil aventajado,
Que para ser cual debes colocado,
No sé si puede haber lugar adónde!
Ningun valor al tuyo corresponde
En todo lo que mira el sol dorado,
Y así será agraviar á lo que vales
Ponerte con mis fuerzas desiguales.»

«Mas aunque me ventajas y me sobras,
Sabe de mí que mas me descalabras
Y ofendes con tus ásperas palabras
De aquello que pudieras con las obras;
Indigno soy del odio que me cobras,
Y de que así conmigo te desabras,
Pues con lo que de mí tu pecho piensa
A mí y á la verdad haces ofensa.»

«Con vida quiera Dios que esté tu amado,
Que tanto como tú se la deseo,
Siquiera por el próspero trofeo
Que espero yo de habersela quitado;
Y como soy en esto interesado,
Aunque le den la muerte, no lo creo,
Porque matar á un hombre de su brio
No es obra de otro brazo que del mio.»

«De donde se colige claramente
Que yo pudiendo mas no le dejara,
Porque otro por matale no gozara
Lo que me viene á mí derechamente;
Mas es de tal valor la nueva gente,
Y el nuevo capitán de sangre clara,
Que solo para hacer los golpes vanos
Daba lugar y tiempo á vuestras manos.»

«El solo, confesémoslo, nos puso
A mí y á Leucoton en la pelea
Después que le rompimos la trinchea
En término y estado bien confuso;
En especial á mí me descompuso
De suerte que jamás ni con Andrea (10)
Me vi tan aligido y apurado
Como con este jóven esforzado.»

«Así que por tu esposo en esta parte
Yo puse lo postrero de potencia,
Mas tanta fué después la resistencia,
Que para socorrello no fui parte;
En lo demás yo quiero acompañarte,
Si tú quisieres dándome licencia,
Por mas que me la nieguen estas llagas,
Para que de quien soy te satisfagas.»

«Satisfacción, Guleva dice á Rengo,
No la hay, si no es matándome contigo;
Y no viniendo en esto que yo digo,
Tampoco en lo que tú dijeres vengo;
Pues cuanto por honrada y fiel me tengo,
En ir tan sola en busca de mi amigo,
Por falsa y deshonrada me tuviera
Si un falso y deshonrado me siguiera.»

«Para que así me trates y te quejes,
Responde Rengo, en poco te has fundado.»
Mas ella le replica: «Es excusado
Que mas sobre esto luches ni forcejes,
Pues no te he de llevar á que me dejes
Como al que busco dices que has dejado:
Baste lo que con él, traidor, usaste,
Aunque para mi daño nada baste.»

No dice mas, que luego, envuelta en saña,
Y retorciendo el rostro á Rengo esquivo,
Se va de allí con paso fugitivo,
La vuelta de una espesa y gran montaña,
Adonde piensa ver, si no la engaña
Su triste corazón apenas vivo,
Al rico dueño del que vive dentro
Como lugar nativo y propio centro.

Que nunca della pudo recabarse,
Por mucho que uno y otro le dijese
Que por manera alguna consintiese
En tanta soledad acompañarse;
Ni pudo en su temor asegurarse
De que su Tucapelo vivo fuese,
Porque es dificultoso que uno crea
En cosas de su bien lo que desea.

Dejólos con los ruegos en la boca,
Y la cerviz bellissima volviendo,
Al monte, como digo, fué corriendo,
No con velocidad ni pena poca;
Tan fuera va de sí como una loca,
Con Tucapel hablando y respondiendo,
Que cuando amor al ánima lastima,
Mas suele estar donde ama que do anima.

Dejaronla llevar de su destino,
Aunque con harta lástima de vella,
Los dos que bien holgaran de ir con ella,
Si diera algún lugar su desatino;
Y prosiguiendo juntos el camino,
Se fueron parte del tratando della,
Y repitiendo casi á cada paso
El punto y extrañeza deste caso;

Tal vez encareciendo justamente
Su grande fe y amor calificado,
Tal vez el pecho y ánimo esforzado,
De su delicadez tan diferente;
Tal vez á lo que llega el accidente
Del siempre niño Dios entronizado,
Si toma posesion de un pecho noble,
Que se le defendió con arma doble.

«Oh cuánto diera yo, Rengo decia,
Amigo Leucoton, y cuánto diera
Porque este amor Millaura me tuviera,
Millaura, aquella luz del alma mia!
Y ¡cuán de buena gana tomara
Que como Tucapelo me perdiera,
Con tal que me guardara vivo el hado
Hasta gozar de verme así buscado!»

«No quieras tan costosa y cara prueba,
Le dice Leucoton, mas vive, amigo,
Pues como tengas vida, yo te digo
Que no es Millaura menos que Gualeva;
Sino que en la mujer no es cosa nueva
Tratar á su amador como á enemigo
Hasta probar el celo con que viene,
Y es por el natural temor que tiene.

«Verás al descubrirle el pensamiento
Aquella austeridad con que comienza,
Que no parece hay cosa que la venza,
Y que es imaginario perdimiento;
Mas todo aquel desden y encogimiento
No es mas que hacer la salva á su vergüenza,
Y un darnos á entender, cuando concede,
Que es porque defenderse mas no puede.

«Otras razones tienen de esquivarse,
Mas en resolucion, por mas que veas,
Jamás de la que bien quisieres creas,
Que deja de quererte y abrazarse;
Solo hay que saben mas disimularse,
Al menos cuando ven que las deseas,
Lo cual conocen ellas claramente
Como si lo escribieras en la frente.

«Así que no te aflijas desde agora,
Que el tiempo hará su curso si le place,
Y lo que en muchos años no se hace,
Suele despues hacerse en sola un hora;
¿Qué sabes de Millaura si te llora
Y en este mismo punto se deshace,
Sintiendo en lo interior del pecho suyo
Lo mismo que tú sientes en el tuyo?»

«Querermé tú curar desa manera,
Estando en este mal tan mal experto,
Responde Rengo, es duro desconcierto
Y solamente hablar de talanquera;
Al fin, como del mar te ves tan fuera,
Gobiernas bien la nave desde el puerto,
Mas si te vieras dentro en fusta angosta,
Tú dieras, como todos, á la costa.»

«No pienses, Leucoton le dijo luego,
Que nunca el mar de amor he navegado;
Ya sus furiosas aguas me han cercado,
Y entre ellas abrasádome su fuego;
Ya vi su vendaval, ya su gallego,
Y sé, de puro bien acuchillado,
Que nunca ni tormenta ni bonanza
Dejaron de rendirse á la mudanza.»

Así los dos amigos altercando
Sobre este y otros puntos caminaban,
Con que la grave pena que llevaban,
Camino y horas iban engañando;
Hasta que en largo término llegaron
Adonde los demás les aguardaban,
Trataron de juntarse nuevamente
Para volver á dar en nuestra gente.

Pues quédense tratando agora desto,
En tanto que yo vuelvo do me llama
La vagarosa triste y sola dama,
A quien en tal estado amor ha puesto;
Prosigue sin parar su curso presto,
De que se queja bien la seca grama,
Pues puede, si parase un tanto en ella,
Su blanco y tierno pié reverdecilla.

Mas no le da lugar, que bien quisiera,
La presa de la vara y acicate
Con que el tirano amor la hiere y bate
Para que se repare en la carrera;
Y aunque se cause, á descansar no espera,
Temiendo que el descanso no la mate,
Si muere, por buscallo con remanso,
Aquel en quien se libra su descanso.

Con todo, aconsejarse no sabiendo,
Ya del seguido rumbo desmentia,
O ya por él de nuevo revolvia,
Errática y furiosa discurriendo;
Ya sesga de tropel iba corriendo,
Ya sin saber á qué se detenía,
Enviando allá y acá la vista bella,
Y mil suspiros íntimos tras ella.

Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerrillo, prenda cara,
Que ya sin orden corre, ya se para,
Llamándole con horrído bramido;
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente;

Así Gualeva andaba con la pena,
Agora en vaca fiera convertida,
Agora lamentándose afligida,
Ya rota de sus lágrimas la vena;
Como la querrellosa Filomena,
Que cuando al nido fué con la comida,
No vido en él sino es algunos pelos,
Reliquias de los huérfanos hijuelos.

Llegada en fin al monte escurecido,
Se lanza en él, rompiendo su arboleda,
Do, sin sentido, á veces se le queda
De alguna rama algún cabello asido;
Porque como él es tal y va esparcido,
No hay árbol tan hermoso, con que pueda,
Que alguna partecilla no le coja
Para el esmalte y lustre de su hoja.

Gran rato anduvo así por la espesura,
Pegando fuego al aire y á la rama,
En fe de los suspiros que derrama,
Bastantes á encender el agua pura:
«¿Adónde estás, clamaba, ¡oh muerte dura!
Que nunca has de venir á quien te llama?
Si por llamarte ahora te detienes,
Ya no te llamo, ven, ¿por qué no vienes?»

«Mas ¡ay! ¿qué pides, ánima perdida?
¿No ves que arguye pecho poco fuerte
Pedir que llegue el paso de la muerte
Por excusar los duros de la vida?
¿Qué sabes tú si aquel que en tí se anida
Aun goza de la luz? Mas si mi suerte
No lo permite así, salidme, fieras,
Y haced estas mis sílabas postreras.»

«¡Ay! como el no poder certificarlo
Es lo que me detiene y me refrena,
Para que, ya que falta mano ajena,
Con esta propia deje de acabarme;
Mas, pues que ya no acaba de matarme,
No debe ser tan áspera mi pena,
Aunque á razon de como yo la siento,
Exceda toda suerte de tormento.»

«Pues ¿cómo, siendo así, viva me halló?
No sé, sino es que al cielo injusto place
Que, como crece el sol que me deshace,
Crezca la fuerza en mi para llevarlo;
Mas si en así querello y ordenallo
Algún favor entiendo que me hace,
Engañase, que es muerte mas esquiva
Hacerme que muriendo siempre viva.»

«Mas déme cuanto mal quisiere el cielo,
Y si otro le quedare mas terrible,
Aunque esto á mi pesar es imposible:
A todo estoy dispuesta, venga y délo;
Que siendo por tu causa, Tucapelo,
No dejará de ser en mí sufrible,
Con tal que, agora mueras, ora vivas,
En ara y holocausto lo recibas.

«Acaba, dime pues, ¿á dó te escondes?
Mira que yo te busco, sal ya fuera.
¿No sales? Tu querida es quien te espera,
Gualeva es quien te llama. ¿No respondes?
Ingrata y duramente correspondes
A un puro corazón hecho de cera,
Que regalado en su amorosa llama,
Por estos ojos tristes se derrama.»

«¡Oh selvas, campos, riscos, peñascales,
Y vos, sus moradoras bravas fieras,
Manchadas tigres, pardos y panteras,
Marinos peces, aves celestiales,
Arroyos claros, fuentes perenales,
Umbrosos valles, húmidas riberas,
Si percebis la voz que doy en vano,
Llevádsela á mi bien de mano en mano.»

«Obligacion tenéis á lo que os pido,
Porque si estáis seguras y adornadas,
Sin ser de los cristianos infestadas,
Es porque os hace sombra mi querido;
Pues ¿dónde le tenéis, decí, escondido?
Guiad allá mis trémulas pisadas
Para que llegue á tiempo tan dichoso,
Que cause el suyo, el vuestro y mi reposo.»

«¿Oisme por ventura? ¿Estáis conmigo?
Mas ¡ay, qué gran locura y devaneo!
Al aire y á los árboles voco;
No debo estar en mí, no estoy, bien digo,
Porque si estoy sin tí, mi dulce amigo,
Que eres el yo del ser que en mí poseo,
No puedo estar en mí como solía,
Y solo estoy allá en la pena mia.»

«Podráislo colegir, Señor, de verme
Verter por estos páramos mis quejas,
Adonde nadie puede darme orejas,
O si las da, no sabe responderme;
Eco no mas se cansa por valerme,
Corriendo con mi llanto á las parejas,
Mas como no me alcanzan sus alientos,
Responde con los últimos acentos.»

Así la triste bárbara plañía,
Así con la menor de sus querellas
Tocaba las altísimas estrellas,
Y el bosque resentido retenía;
Sus ninfas en sagrada compañía,
Los faunos y los sátiros con ellas,
Al tierno y alto son de sus clamores
Llevaban tiernamente los tenores.

Mas cuando estuvo ya de medio á medio
Tendido por la tierra el negro manto,
Gualeva en los extremos de su llanto,
Antes que fin tuviera, tuvo medio;
Porque cuando ella mas de su remedio
Desesperaba, quiso el cielo santo
Que oyese, no muy lejos de do estaba,
Una cansada voz que se quejaba.

Paró de golpe á ver lo que sería,
Y estúvose clavada en el asiento,
Adonde le tomó el cansado aliento,
Volviéndose al lugar de do salía;
En las intereadencias que hacia
La ronea voz, mostraba el poco aliento
Que ya gozaba el pecho enflaquecido,
De donde con dolor habia salido.

Oyólo atenta, el viso cudicioso
Por los espesos árboles echando,
Hasta que fébes ya su luz prestando,
Le descubrió sangriento al caro esposo;
Que al pié del roble sólido y nudoso
Estaba como el pece palpitando,
En una grande balsa de sus venas,
Ya de furor, y no de sangre llenas.

Cual águila caudal, que desde el cielo,
En viendo al ballenato dar en tierra,
Prestísima con él en punta tierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se afierra,
Tal, sobre el cuerpo echado en sangre roja,
La bárbara frenética se arroja.

Allá la dama célebre de Sesto
Ligera se arrojó al galan de Abido,
En las arenas húmidas tendido,
Solo por le pagar su amor con esto;
Mas no es para frisar su curso presto
Con este de Gualeva desmedido,
Ni aquel de la pesada piedra cuando
A su nativo centro va llegando.

Llegó con él, y habiéndose entregado
Del que con tantas lágrimas buscaba,
Su pecho, rostro y boca le entregaba,
Diciéndole: «¿Qué es esto, dulce amado?
¿Quién fué el traidor que os puso en tal estado?
Y yo, traidora, entonces ¿dónde estaba,
Que no me pude hallar al trance crudo
Para que hubiera sido vuestro escudo?»

«Pero volved en vos, mi bien, agora,
Y tomaréis en mi venganza desto,
Si no queréis que yo la tome presto,
Abriendo puerta al alma que os adora;
Porque la fe, que en este pecho mora,
Lo tiene ya conmigo así dispuesto;
Pues si mi vida amais como ella os ama,
Mostradlo en responder á quien os llama.»

En tanto que esto ansiosa le decia,
De su delgada túnica rasgaba,
Con que las grandes llagas le ligaba
Por do perder mas sangre parecia,
Y la que en el afecado rostro via
Al suyo hermoso y limpio la pasaba,
Sin procurar entonces hermosura,
Cosa que la mujer tanto procura.

Mas no se disminuye della nada
Con las pegadas maculas sangüinas,
Porque parecen antes clavellinas,
Sin orden esparcidas por enajada;
O lo que suelen ser al alborada
Cuando nos corre Febo sus cortinas,
O cuando quiera ya cerrar el velo,
Los rubios arreboles por el cielo.

Ninguna destas cosas ve el marido,
Porque de haberse tanto desagrado,
A la sazón estaba desmayado,
Desde que su mujer le vió tendido;
La cual, en verle ajeno de sentido,
Se cubre de un mortal sudor helado,
Que le quita pena y vida junto
A no volver el Indio en este punto.

Volvió, mas de la rabia que tenia,
El seso trastornado en sus vacíos,
Y así, diciendo extraños desvarios,
Que forma la revuelta fantasía;
Ella, sin entender que desvaria,
Le dice: «Lumbre destos ojos míos,
¿Qué es esto? ¿Qué es de vos? ¿Tan flacamente
Os desmayáis, teniéndome presente?»

Apenas hubo dicho desta suerte,
Cuando responde el Indio á sus endechas:
«¿Quién eres, que conmigo así te estrechas?
Páreceme que quiero conocerte;
Ya te conozco: ¿no eres tú la muerte?
No es otra: ¿no la veis con arco y flechas?
Sin duda que es la muerte poderosa;
Mas no, que para muerte es muy hermosa.»

«Pero será posible que lo sea,
Y como tanto há ya que la desco,
El gusto y aficion con que la veo
Me la figure hermosa, siendo fea;
Acaba, muerte, pues: tu jara emplea
Y goza de tu próspero trofeo.
¿Qué dudas? ¿No te llegas? No te mueves?
Aun con venir armada ¿no te atreves?»

Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y danme tanta priesa cada día,
Que no me dejan ir como se debe;
Por donde si á disgusto el verso mueve,
No yendo tal, Señor, como podría,
Es porque va, cual sale de su tronco,
Así con su corteza rudo y bronco.

En obra de tres meses que han corrido,
He yo también corrido hasta este canto:
Mirad si para haber corrido tanto
Es mucho no ir el verso tan corrido;
Mas yo con él quedara bien corrido,
Si no corriera todo lo que canto
Derecho á socorrerse de un Mecenas,
Que bien hará correr las cojas venas.

Así que no me angustia ni me aflige
El ver que todo lleve su defecto,
En viendo la grandeza del sugeto
Y aquel á quien mi pluma se corrige;
Por este lo imperfecto se corrige,
Y en este cobra nombre de perfecto,
Pues toma el ser la cosa mala ó buena
De la materia y fin á que se ordena.

Bien puedo proseguir con tersa frente
Haciendo en esto pié la grave historia,
Aunque de mí no quede tal memoria,
Cual della ha de quedar eternamente;
Pues digo que en su muro nuestra gente,
Habida ya la próspera victoria,
Quedó sin proseguir con el alcance,
Que estando á pié no fuera echar buen lance.

Dejólos bien cansados el asalto,
Y á muchos con muchísimas heridas,
Mas no porque en alguna de sus vidas
La muerte, gran ventura, diera salto;
El jóven ejemplar, al de lo alto
Las gracias del suceso referidas,
Repara y adereza el roto muro
Para contravenir á lo futuro.

Que en todo, y en la guerra mayormente,
Es el consejo mas seguro y sano
Ganar á lo futuro por la mano
Y no se embarazar con lo presente;
En esto don Hurlado fue emitente,
Pues siempre tuvo el rostro como Jano,
O como el tiempo líbrico y ligero,
Mirando lo pasado y venidero.

Mandó limpiar la fosa, casi llena
De las cabezas bárbaras, de brazos,
De cuerpos divididos en pedazos,
Que vistos ya sin ira daban pena;
Refuerza mas la parte fuerte y buena,
Y quita de las flacas embarazos,
Alzando nuevos lienzos y cortinas
Por lados, por traveses, por esquinas.

Así con brevedad se rehicieron
Las ya deshechas partes mal paradas,
Quedando por aquellos levantadas,
Que tanto defendiéndolas hicieron;
Y los que estar heridos parecieron,
Llevados á sus tiendas y moradas,
Hizo curar al pronto don Hurlado,
No menos que con todo su cuidado.

El tiempo que gastó la batería
Fue desde que asomando, retonece
Aquella que los campos humedece
Vistiéndolos de gracia y alegría;
Hasta que ya la blanca flor del día,
De todo punto abierta, resplandece,
Y el coronado rey de Creta y Delo,
Quiere quemar con ella las del suelo.

Quedaron de los bárbaros altivos
Seiscientos, pocos mas, en tierra muertos,
Ya parte dellos frigiditos y vertos,
Y parte palpitando medio vivos;
De golpes crudelísimos y esquivos
Unos desde la cinta al hombro abiertos,
Otros se ven rajadas las cabezas,
Y muchos de las piezas hechos piezas.

¡Oh cuánta compasión causara el vello!

Al uno todo un muslo cercenado,
Al otro por el pecho atravesado,
Oh cuerpo trunco solo con el cuello;
Cuál echar por las llagas el resuello,
Cuál ve su corazón por el costado,
Y cuál de los ajenos piés vecinos
Hollados sus bullentes intestinos.

Allí se vieran llagas y aberturas,
Aunque á los ojos puestas, no creídas,
Y al despedir las ánimas perdidas,
Visajes espantosos y figuras;
Mil fieros ademanes, mil posturas,
Sus ojos vueltos, bocas retorcidas,
Hacer un espectáculo tremendo,
Horrible, pavoroso y estupefundo.

Aquel está saltando con el pecho,
Este los piés y piernas levantando,
Esotro contra el cielo blasfemando,
Y al fin se estira todo á su despecho;
Pero los mas se ven en tal estrecho
Volverse boca abajo agonizando,
Que como allá los lleva su destino,
Se ponen desde luego en el camino.

¡Qué de caliente sangre que corría!
Qué de sangrienta carne que nadaba,
Y qué de hueso á vueltas blanqueaba!
Qué de médula dentro del bullía!
¡Oh! ¡qué de mechadas Atropos hacia,
De los vitales hilos que cortaba,
Para gastar su noche y tiempo eterno
En los candiles negros del infierno!

¡A do se vió jamás en el rebaño
De simples ovejuetas y corderos
Por los hambrientos lobos carnívoros
Hacerse tal matanza, riza y daño?
¡Oh locos araucanos! Grande engaño
Que pretendáis en guerra manteneros,
Allá con el que habita las alturas,
Y acá con el señor de las venturas.

El cual aquella noche receloso,
Y prevenido á todas las cautelas,
Puso las vigilantes centinelas
En cómodos lugares por el foso;
Y él mismo, sin cuidar de su reposo,
Aunque le daba bien de las espuelas,
Después que requerido las había,
En vela sobre todas se ponía.

Su misma presunción les encomienda
Con suavidad y peso de razones,
Las cuales suelen ser á veces dones
De mas estimación que la hacienda;
Y así no hay pecho allí que no se extienda,
Mostrando corazón y aun corazones,
Que tanto puede, y es de tanto efecto,
El hombre que gobierna si es discreto.

Mas como del haberse todo el día
Tan excesivamente trabajado,
Estaba cada cuerpo mas cansado
De lo que por de fuera parecia;
Mostró de tal manera su porfía
El sueño con los ojos de un soldado,
Valiéndose del sordo tiempo oscuro,
Que le postró con ellos en el muro.

El General solleito que andaba
Sus postas visitando á paso quedo,
Cuando llegó al lugar de Rebolledo,
Que así la muerta vela se llamaba,
Halló que á la sazón ardiendo estaba,
Y fué, cual suele ser, que el mismo miedo,
Que á don Hurlado en sueños aun tenia,
Le despertó soñando que venia.

Mas de le ver los ojos refregando,
Como quien dellos el dormir desecha,
El jóven solertísimo sospecha
Que estaba por lo menos dormitando;
Pero de solo indicios no fiando,
Le obliga, para ver si le aprovecha,
Diciéndole sagaz á la pasada:
«Con vos segura está la palizada.»

El bueno del soldado á poca pieza,
Seguro de que ya no volvería,
Sin ver que de los ojos del se fia
La vida de sus miembros y cabeza,
No hace sino dando de cabeza
Permanecer pesado en su porfía,
Hasta que ya del todo en ella envuelto,
Se duerme sin temor á sueño suelto.

Cuidoso don Hurlado torna y viene,
Que el indicio es quien le solicita,
Y como sabio médico visita
Mas veces al que mas peligro tiene;
Llegado al fin, que mucho se deliene,
Segun su natural fervor le incita,
Halló como un lirón al centinela,
Debiéndole hallar cual gruila en vela.

Llamóle en alta voz la vez primera
Para certificarse si dormía,
Mas visto que roncando respondía,
Airado le llamó de otra manera;
Porque la secutiva espada fuera,
De que era digna ya su letargia,
Le dió tan duro golpe en un molledo,
Que de llevarle el brazo estuvo un dedo.

Hirióle, cuando justa malamente,
Mandándole colgar al punto luego,
Mas alcanzó perdon mediante el ruego
Y la necesidad que habia de gente;
Que en tierra como aquella tan reciente
No ha de llevarse todo á sangre y fuego,
Como en las ya políticas famosas,
Donde fan en su punto están las cosas.

Usó con esto el jóven de clemencia,
Sin cuyo acompañado, la justicia
Apenas es virtud, porque se invicia
Con parecer crueldad ó malquerencia;
Y es donde se requiere mas prudencia,
Porque si deste medio el juez desquicia,
En un extremo viene á dar forzoso,
Si de remisión no, de rigoroso.

De entrambos se apartó como prudente
Siguiendo el justo medio don Hurlado,
Por do ganó de justiciero el grado,
Y no perdió la hora de clemente;
Cumplió consigo propio y con su gente,
Fuera de haberse bien con el soldado,
Si es bien perder el brazo por el codo,
A trueque de ganar el cuerpo todo.

Curóse al reecheido bien tan grato,
Como del hecho malo arrepentido,
Dejando á cada cual apercibido
Para vivir en todo con recato.
Mientras así pasaba lo que trato,
El cielo con la noche escurecido
Iba cogiendo el velo y la cortina
Para mostrar su lumbré matutina.

Ya las alegres aves garladoras,
Haciendo con sus cánticos la salva
A los purpúreos átomos del alba,
Burlaban de las tristes negras horas;
Y envuelto en sus pirámides pintoras,
Allá por la cabeza lisa y calva
De la sublime sierra crespá y fría,
El hijo de Latona parecia.

Al tiempo que el insigne don Hurlado,
Al blanco pabellón se recogía,
Que de la disparada flechería
Estaba todo crespó y erizado,
Como el espin cerdosó y acosado
Por toda montera compañía,
Cuando se eneoge, estrecha y comprende
Armado de las puntas con que ofende.

Y recogido aquí después que Delo
Tendió los vivos rayos de su lumbré,
Habiendo tramontado la alta cumbre,
Que de robusto Atlante sirve al cielo;
Llamó su bando el Hércules novelo
Para les aliviar la pesadumbre
Con su razonamiento y vista junto,
Alzando el grave acentó en este punto.

«Magnánimos varones en quien veo
Lo mas que conceder el cielo puede,
Cuyo valor á todos tanto excede,
Que pone raya y limite al deseo;
Ya veis la fuerza, el garbo y el meneo
Con que el osado bárbaro procede,
Y veis también del modo que su diestra
Los pulsos ha tentado de la vuestra.»

«Si en esta mas que célebre vitoria,
Por esos altos ánimos ganada,
Pudiste gobernar tan bien la espada
Que habeis eternizado vuestra gloria,
Conviene que tengáis en la memoria
Ser todo cuanto habemos hecho nada,
Respeto de lo mucho que ha de obrarse,
Y es justo de vosotros esperarse.»

«¿Quién duda que el incrédulo corrido
De verse á manos vuestras ya deshecho,
Y mas, como se sabe, estando hecho
A ser el vencedor y no el vencido,
Querrá cobrar el crédito perdido,
Quedando deste agravio satisfecho,
Pues que de su denuesto bien se prueba
Que nada soltará que se le deha?»

«Es gente de cerviz en toda altiva,
Tan dura de venir á la melena,
Que por llevar al cabo lo que ordena,
No habrá que se le haga cuesta arriba;
Y dado que su torre al fin estriba
En fundamento menos que de arena,
Estando vuestros brazos de por medio,
Con todo es bien que vamos al remedio.»

«Ya ven que sois tan pocos, aunque buenos,
Tras muro no muy fuerte reparados,
Y saben que estaremos bien cansados,
Aunque de lo que piensan mucho menos;
Por do querrán volver los campos llenos
En esto falsamente confiados,
Creyéndonos echar del homenaje,
Ganada á pura fuerza de coraje.»

«Por tanto entienda el infido enemigo,
Si ya no lo ha entendido á su despecho,
Que en ese valeroso y bravo pecho
Jamás podrá el temor hallar abrigo;
Y para cuando llegue el campo amigo,
Nos halle ya corrido tanto trecho,
Que si quedar no quieren atrasados,
Procuren de ir en vuelo arrebatados.»

«Que haber salido bien con lo presente
Ganancia, amigos, es, mas no es bastante
A que ese pecho y ánimo constante
Se pague de tan poco ni contente;
Antes será perder abiertamente
No la llevar con otras adelante,
Si pérdida se llama por ventura
Tener arrinconada la ventura.»

«Fuera de que si en esto nos quedamos,
No dando á la vitoria compañera,
Dirán, y con razón, que la primera
Por yerro, y no por hierro lo acertamos;
Así que no es el puesto do llegamos
El palio que remata la carrera
Para que á sombra suya descansenos,
Pues al partir apenas nos ponemos.»

«Bien tengo de vosotros entendido,
Segun vuestro valor aventajado,
Que cuando al fin hubiéades llegado,
Os pareciera poco lo corrido;
Y que el ganar tendréis por buen partido,
En cuanto se conserva lo ganado,
Pues no está la vitoria en alcanzalla,
Sino, como sabeis, en sustentalla.»

«Porque el haber vencido como agora
Es desgarrón á veces de ventura,
Mas ir con ello á mas, prudencia pura,
Que es de cualquiera bien conservadora;
Cuánto se gana y pierde en sola un hora,
Que en mil años apenas se asegura
Si el capitán prudente y buen soldado
No estiran bien la cuerda del cuidado.»

«Heme alargado en esto, porque os juro,
Ilustre y valerosa compañía,
Que quien de lo presente se confía,
No tiene que esperar de lo futuro;
Mas desto y de vosotros tan seguro
Estoy, que dentro en Cuenca (11) no estaría
Con mas seguridad ni mas franqueza
Que recogido en vuestra fortaleza.

«Solo de vos quisiera y pido en esto
Que no con otro fin hagais la guerra,
Sino de que se plante en esta tierra
La fe que en nuestras almas Dios ha puesto;
Porque con este blanco y presupuesto
Jamás el tiro falta ni se verria;
Mas si la mira deste fin desmiente,
A vieso ha de salir forzosamente.

«Y que tengais por colmo de la gloria
Usar con el vencido de elemencia
De suerte que al furor no deis licencia,
Para manchar con sangre la vitoria;
Que así resonará vuestra memoria
En cuanto ilustra el sol con su presencia,
Y no pondréis la mano en cosa alguna
Donde la suya os niegue la fortuna.»

Con esto pone fin á sus razones,
Dejando con la plática nervosa
Dispuestos á emprender cualquiera cosa
Todos los circunstantes corazones;
Y muévelos de suerte en sus rincones,
Que el mínimo de todos no reposa
De dar apriesa saltos en el pecho,
Teniendo aquel albergue por estrecho.

Así estuvieron todos aguardando,
No lo que la fortuna dispusiese,
Ni qué semblante ó rostro les hiciese,
Seguros ya de que era ledo y blando;
Sino con vivas ansias aquel cuando
Segunda vez el bárbaro viniese
Para subir de punto sus hazañas
Y humedecer en sangre las campañas.

Estando pues del modo que refero,
Al orden todo puesto y sobre aviso,
Veis donde al muro llega de improviso
Alborotado un indio mensajero,
Vestido de un peloso duro cuero,
Al hombro su carcaj y el arco liso
Sirviéndole de báculo en la mano,
En busca del famoso Apó cristiano.

Llevaronle á su tienda brevemente,
Adonde en su presencia arrodillado,
Abrió la puerta al pecho fatigado,
Diciendo en voz cortada lo siguiente:
«Yo vengo, ilustre joven floreciente,
Porque tu grande nombre me ha obligado,
A solo que te salves de algun modo,
Que viene sobre tí el Estado todo.

«Cuarenta mil y mas...» Quedose en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque también, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

«Cuarenta mil y mas...» Quedose en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque también, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

«Cuarenta mil y mas...» Quedose en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque también, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

CANTO IX.

En que el Gobernador, sabida la nueva, despacha al capitán Ladrillero por la mar al río de Maule, en busca de la gente de Santiago. Adelántanse cien hombres al socorro del fuerte, lo cual entendido por los enemigos, que ya venían sobre él, se vuelven, no osando acometelle. Llega todo el resto del campo á juntarse con don García, donde, pasados algunos días, se hace reseña general de toda la gente; señálanse en ella algunos caballeros particulares, no por compañías ni orden, por no se haber nombrado los oficios antes, sino despues de la muestra, para cuyo efecto se hizo. Marcha todo el campo á Biobío para pasar al estado de Arauco.

El generoso, fuerte y alto pecho,
Con quien el miedo siempre anduvo á malas,
No sufre que le arrime sus escalas,
Ni llegue adonde está con largo trecho;
Porque jamás le viene del provecho,
Sino es al corazón quebrar las alas
Para que nunca suba do subiera
Con solo que el temor lanzara fuera.

Cual es aquel olimpo de alto nombre,
Que deja el aire abajo de su cumbre,
Sin que le den sus vientos pesadumbre,
Tal debe ser el ánimo del hombre;
Pues no ha de haber encuentro que le asombre
Ni cosa que lo altere ni deslumbre,
Sino mostrarse tal á cuanto venga,
Que el propio miedo en verle se le tenga.

A cuanto mal fortuna darle pueda,
A tanto ha de esperar el que es prudente,
Para que nunca venga de repente
Ni turbacion le dé cuando suceda;
Y á las contrarias vueltas de su rueda
Debe mostrar igual y sesga frente,
De suerte que con rostro tan sereno
Reciba el mal suceso como el bueno.

Porque este es aquel don de fortaleza
De que los hombres mas han de preciarse,
Y todo lo posible avergonzarse
De que les mire al rostro la flaqueza;
Mas para ostentacion de su grandeza
Conviéneles tener en qué arresgarse,
Que el toro no se muestra allá en el prado
Hasta que ya en el coso le han picado.

No quiero yo decir que el hombre sea
Un learo soberbio y temerario
Para que dando nombre al mar leario,
Entre sus ondas muerto al fin se vea;
Sino que si jamás errar desea,
A nuestro joven siga de ordinario,
Al cual sin ser altivo ni arrogante
No hay cosa tan terrible que lo espante.

Pues aunque mas el Indio le decia,
Como antes de prudente lo esperaba,
Y tan apercebido á todo estaba,
Ningun asombro dello recebia;
Ni del tranquilo aspecto desdecia,
Mas tanto aquella nueva le agradaba,
Que habiendo de turbar su faz serena,
Mas fuera de contento que de pena.

Aunque á mi ver la causa mas es que una
De no se alborotar un punto desto,
Y debe ser estar con Dios bien puesto,
Que el que lo está no teme cosa alguna;
Ni rinde vasallaje á la fortuna,
Ni un tanto se le da por todo el resto,
Porque ese pecho está lleno de brio,
Que vive de pecado mas vacío.

Por esto pues aquel de don Hurtado
Oye tan sin temor y tan entero
La nueva del amigo mensajero,
Que en el discurso atrás quedó turbado;
Pero despues de haberse reportado,
Y no lo pudo hacer tan de ligero
Que no se detuviese alguna pieza,
Prosigue alzando el dedo á la cabeza.

«Cuarenta mil soberbios araucanos
De los que sobre todos se descuellan
Y causan terremotos donde huellan,
Os buscan, oh misérrimos cristianos;
Haced cómo libraros de sus manos,
No lo libreis por esas, que os deguellan,
Mas antes lo librad por piés ligeros,
Si libres y con vida quereis veros.»

«Mirad que no volveros es locura,
Sabiendo ser buscados de una banda,
Que en dar con otros muchos á la banda
Bien poco de su crédito aventura;
Mejor es que apeleis de tierra dura,
Huyendo el tribunal de la agua blanda,
Donde sus ondas pueden seros muros,
Y aun dudo si estareis allí seguros.»

«Mas dado que es el último remedio,
Y no podeis tenerlo de otra suerte,
Huid extremos de prision ó muerte,
Poniendo con el agua tierra en medio;
Y no esperéis á veros en asedio
A sombra deste muro y flaco fuerte,
Que no está la vitoria en solo habella,
Sino en privar al enemigo della.»

«Esto es á lo que vengo de mi parte
Y de la del cacique Curaguano,
Que en el distrito y término serrano
Tenemos una gruesa y culta parte;
Hanos movido á bien aconsejarte,
Hijo del sol, tu nombre soberano,
Que no cabiendo ya en la haja tierra,
Nos busca en lo mas alto de la sierra.»

El raro General con un sonrisa,
Que no le quita adarme de su peso,
Pronóstico del próspero suceso,
Le rinde bien las gracias del aviso;
Y lleno del que dalle el cielo quiso,
Que á ser en otro vaso fuera exceso,
Dos capas le hace dar de fina grana,
Aquella guarnecida y esta llana.

Con esto y el viático abundante,
Le dice que se vaya al caro asiento,
Y diga á los demas cómo su intento
No es de volver atrás, sino ir delante;
Por donde aunque la tierra se levante
Y se le contrapongan mar y viento,
Con solo ver al cielo de su banda,
No torcerá jamás de su demanda.

Mas antes que Puchelco se partiera,
Que desta suerte el indio se nombraba,
Quiso que á vista del su gente brava
En orden de batalla pareciera;
Y que con su denuedo y armas viera
La prevencion y aviso con que estaba,
Para que todo así lo refiriese
Do quiera que este bárbaro se viese.

El cual por una inculta senda angosta,
Con esto se partió lleno de espanto,
Y el providente joven entre tanto
Despacha á Ladrillero por la posta,
Que en un batel se vaya costa á costa,
Rompiendo el mar cerúleo todo cuanto
La fuerza de los remos alcanzare
Hasta que en el cañudo Maule pare.

Adonde si la gente, como piensa,
Con Juan Remon hubiera ya llegado,
Le dé razon allí de lo pasado
Para que acuda luego á su defensa;
Porque el poder inmenso y fuerza inmensa
Que encierra en sus entrañas el Estado,
Se junta para dar en la albarada
De boga, como dicen, arrancada.

Y caso que el ejército tardío
No hubiera ya llegado á la ribera,
Le manda que prosiga su carrera,
Buscándole agua arriba por el río;
De suerte que jamás esté baldío
El remo sobre el agua lisonjera,
Hasta topar la gente y avisalla
Del término y estado en que se halla.

Navegan Alarcon y Ladrillero
Hasta llegar á Maule su paraje,
Do ven ocupadísimo el pasaje
Por el amigo ejército zorrero;
El cual habiendo visto al mensajero
Y la resolucion de su mensaje,
Gran opinion del nuevo Apó concibe,
Y á socorrelle luego se apercibe.

De cuatrocientos bélicos soldados
Los ciento se adelantan orgullosos,
Labrando los ijares cosquillosos
De fáciles caballos alentados;
Trastornan cerros, lomas y collados,
Pasando mil esterios cenagosos
A vado hasta la cincha y la reata,
Y en gondolas á Nuble con itata.

Con estos y con mas inconvenientes
Prosigue la centuria su jornada,
De mas de treinta leguas prolongada,
Esquivas, intratables, inclementes;
Las cuales caminaron diligentes
Antes de la segunda luz dorada,
Llevados como en vuelo, sin pararse
Tras la fogosa gana de mostrarse.

A vista pues de Penco en alto puesto
Divisan los ganosos castellanos
Algunos corredores araucanos
De los que al muro van con paso presto;
Espéranlos con ánimo dispuesto
Para venir con ellos á las manos,
Mas visto su denuedo y lozania,
Tomaron los infieles otra via.

Mudaron el camino y el intento
A se llevar el muro enderezado,
Y esto á pesar del número abreviado
Que los signiera viéndolos sin cuento;
Mas frenanse los impetus atento
Que están á vista ya de don Hurtado,
A quien quisieron mas guardar la cara
Que el bien que de seguillos resultara.

A tal sazón se juzgan los del muro
Tan lejos del vecino campo amigo
Cuan cerca ya del bárbaro enemigo,
Pero mostrando á todo pecho duro;
Que cada cual se tiene por seguro
Teniendo en su defensa y en su abrigo,
No la barrera fuerte ni ancho foso,
Sino el valor del joven milagroso.

Mas quiere Dios que estando en tal espera,
Puesta la suya en él tan solamente,
Acome de improviso nuestra gente,
Cubriendo el chapitel de una ladera;
Venla del muro, y á la faz primera,
Creyendo ser el bárbaro insolente,
Tocan al arma, al arma, y á sus puestos
Acuden animosos y dispuestos.

Mas el dichoso engaño fué deshecho
Con mas atentos ojos diviso,
Cual vienen velocísimos cortando
De arriba abajo el áspero repecho;
Los unos se adelantan largo trecho,
Sus ágiles caballos arrojando,
Los otros por la playa los manijan,
Y todos de tropel al muro agujan.

Alégranse los tristes corazones,
Extiéndense los pechos encogidos,
Ocupanse de gozo los sentidos,
Responden al contento los cañones;
Explicase la gente con razones,
Las bestias con relinchos y bufidos,
Tanto, que el aire lleno de algazara
Rompiera si el placer no lo ensanchara.

No puede humanamente exagerarse
El sumo regocijo no pensado,
El darse el bienvenido, el bienhallado,
El nuevo conocerse, el abrazarse;
A recibillos quiso adelantarse
Fuera de la muralla don Hurtado,
Que como el alma suya de alegría,
Su cuerpo así del término salia.